

obras, que tanto por los dilatados ámbitos en que se desarrollan —y que tan sólo a los grandes músicos les es dable abordar, a causa de su dificultad y envergadura— como por la solidez y honda belleza y por la maestría constructiva con que están concebidas, le incluyen entre el número reducido de los elegidos y le elevan a un rango que, si no definitivamente, le hace rozar el envidiable y casi inasequible límite de lo genial.

Estas cuatro sinfonías, que en vida de su autor y aun largo tiempo después de su fallecimiento, no lograron impresionar y conmover a los auditorios de conciertos, acaso por falta de interpretaciones adecuadas y comprensivas en consonancia con su hondura y austera sinceridad, han ido ascendiendo poco a poco en el transcurso de los años, gracias a una mejor comprensión y entusias-

mo, a un más detenido y profundo estudio de ellas por directores y orquestas, y la ascensión ha llegado a tal punto que hoy, ya puestas en claro, destacadas y realzadas sus bellezas, figuran en los programas y son no sólo gustadas, sino saboreadas por los públicos.

Una vez más queda patentemente demostrado que el artista, cuando lo es auténticamente, cuando dice sinceramente, sin falsearse a sí mismo, lo que lleva en su alma, tardará más o menos en ser comprendido y admirado, pero lo será al fin, quedando la huella de su arte indeleblemente grabada en la historia y su «mensaje» será comprendido y admirado por cuantos tengan del arte mismo un concepto elevado y sean poseedores de una sensibilidad y de una exquisitez en consonancia con ese sincero mensaje.

